

fortunio, observó ésta que soplaba el viento haciendo que ondulase su vestido; entonces pidió, por favor, que le facilitaran unos alfileres, con los cuales se prendió la falda; en seguida se arrodilló con humildad; suplicó que no se le hiriese la cara, y, levantando radiosa su frente purísima hacia el cielo, recibió la descarga que tronchó la vida de una heroína!

III.

Pero para Flon no fué suficiente la injusticia ni bastante la crueldad; faltaba aún el escarnio: las tres cabezas de los fusilados fueron separadas de sus troncos y, colocadas en las puntas de unas vigas, se exhibieron al público, llamando entonces la atención, por su hermosura, la flotante cabellera de aquella heroína del valor y de la virtud.

A la víctima le sobrevivió su madre, y ésta, con el mismo temple de las almas grandes, cuya grandeza engendrara en su hija, acompañada, como se hallaba en su casa, de todas sus numerosas amistades, oyó las detonaciones que cortaron la vida de la inocente y de sus compañeros, y, sin derramar una lágrima, dijo:

—“Ahora sí, ya es tiempo de elevar á Dios nuestras oraciones.”

Todos se arrodillaron reverentes y ella entonó la primera plegaria.



LA MAGNANIMIDAD DE BRAVO.

I.

Las fuerzas independientes acudilladas por Don José María Morelos, contaban entre sus jefes hombres de gran valor, de notable actividad y de ideas enteramente conformes con el espíritu de los que iniciaron la obra de la Independencia mexicana.

Los nombres de Morelos, Matamoros, Rayón, Galeana, Bravo y otros no menos ilustres, eran repetidos con entusiasmo, con veneración y con cariño, por todos los que comprendían cuánto valen los sacrificios de un patriota que sin grandes elementos, sin medir el peligro, y con la fe de una noble causa, conquistan en los combates un nombre imperecedero, una gloria legítima y los sublimes cantos de la epopeya. Pero sin rebajar en lo más mínimo el abnegado valor de los caudillos que militaban á las ordenes de Morelos, preciso es enaltecer como merecen el nombre y los generosos hechos de Don Nicolás Bravo.

¿Quién de la presente generación no ha oído pronunciar con respeto aquel nombre ilustre?

¿Quién no ha escuchado dentro del hogar mismo las interesantes narraciones de su vida militar, su apostura, su juventud, su valor; pero, más que todo, sus generosos sentimientos?

En la cruenta lucha de 11 años, tan llena de interesantes episodios, no hay en noble-

za de acciones sino un Nicolás Bravo, como en la historia no hay muchos ejemplos que se le asemejen.

Plumas mejor cortadas que la nuestra se han ocupado y se ocupan ahora mismo en biografiar al ilustre Bravo. Liras armoniosas han hecho vibrar sus cuerdas para entonar himnos al noble y valeroso caudillo; y México todo, puede decirse, se prepara para contribuir al esplendor del Centenario que va á celebrarse en honor de la Independencia y de sus héroes. Por eso nuestra humilde voz se levanta hoy también para consagrar á Bravo un recuerdo, para tributar un homenaje á la memoria del más generoso de nuestros héroes, para enorgullecernos de una de nuestras más brillantes y legítimas glorias.

II.

Preciso es dar hasta donde es posible en las dimensiones de un artículo, algunos detalles acerca del personaje que nos ocupa, y en esto seguiremos los apuntes biográficos que tenemos á la vista: "Corría el año de 1812, Don José María Morelos había hecho su cuartel general en Tehuacán, y nombrado á Don Nicolás Bravo General en jefe de las fuerzas que operaban en la provincia de Veracruz. Era Bravo, joven de gallarda presencia, de nobles y humanitarios sentimientos, y de un valor á toda prueba.

"Hacia poco tiempo que su padre, Don Leonardo, había sido hecho prisionero en la hacienda de San Gabriel, y conducido á México por Calleja.

"Morelos comisionó á Don Nicolás para atacar al jefe realista Don Juan Labatón, que conducía de Veracruz para Puebla algunos víveres y la correspondencia de España. Bravo batió al enemigo victoriosamente. Tres cañones, trescientos fusiles, algunas municiones que quedaban á los vencidos, toda la correspondencia de España, y doscientos prisioneros, fueron los resultados de la victoria conseguida.

"El jefe vencedor volvió á Tehuacán á

"dar cuenta á Morelos de aquel hecho de armas, por el que le dió la más cumplida enhorabuena, y le prometió que iba á ofrecer al Virrey por la vida de su padre, Don Leonardo, la de 800 prisioneros que en su poder tenía, y de cuyo resultado le daría cuenta oportunamente. Don Nicolás Bravo salió poco después de esta conversación para la provincia de Veracruz, y á los cinco días derrotó cerca del Puente del Rey (hoy Nacional), una fuerza realista que conducía un convoy á Jalapa, haciéndole noventa prisioneros.

"El Virrey Venegas había mandado juzgar por un Consejo de Guerra al padre de Bravo y á dos compañeros suyos. Condenados ya á la pena capital, trató de que se le presentasen tanto Don Nicolás como dos tíos suyos que militaban á las órdenes de Morelos, acogiéndose al indulto, con lo cual perdonaría la vida á Don Leonardo.

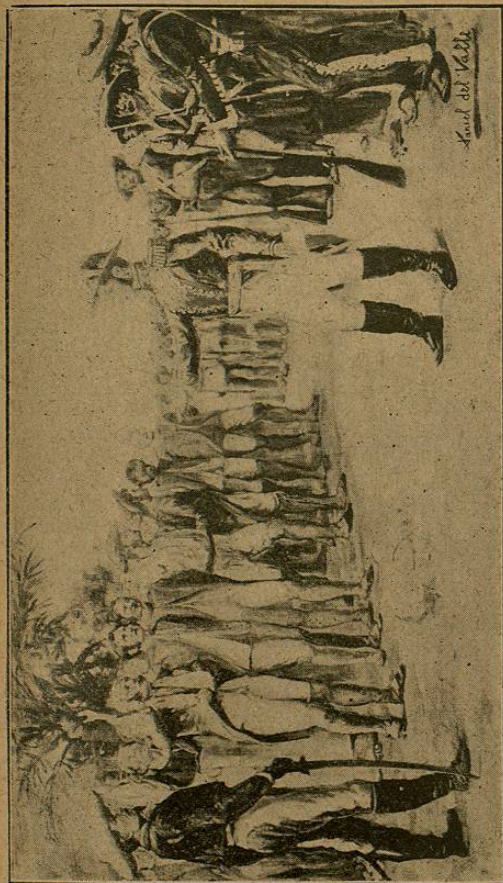
"Mucho deseaba Don Nicolás salvar la existencia de su padre, y Morelos mismo lo autorizó para que aceptara la propuesta de Venegas; pero un hecho reciente le hizo temer que fuese un lazo el que se le tendía, y no se presentó, á pesar de que hubiera dado la vida por salvar la del hombre á quien debía la existencia. La causa de este temor nacía de un hecho reprochable cometido por un oficial realista en las personas de Don Juan y Don Rafael Orduña, según lo dice el mismo Bravo en una carta que dirigió á Don Lucas Alamán.

"Viendo el Virrey desechada su proposición, y no habiendo admitido la que le hizo Morelos, Don Leonardo Bravo sufrió la muerte de garrote, el día 13 de Septiembre en el sitio llamado el Egido. "Al saber Morelos la ejecución de Don Leonardo, escribió á Don Nicolás comunicándole la triste noticia y ordenándole al mismo tiempo que pasara á cuchillo á todos los prisioneros españoles que tuviera en su poder, y que él iba á hacer otro tanto con cuatrocientos que tenía en varios puntos. Esta comunicación la recibió Bravo á las 4 de la tarde. Sorprendi-

“do por la fatal muerte de su padre, mandó que en el acto se pusieran en capilla á cerca de trescientos españoles que tenía en su poder, dando orden al Capellán Sotomayor, para que los dispusiese cristianamente, pues debían ser fusilados al siguiente día.”

Lo que sigue está tomado á la letra de una carta que Bravo dirigió á Alamán en Febrero de 1850, y á la cual nos referimos antes.

“Esta noticia la recibí á las 4 de la tarde, y me sorprendió tanto, que en el acto mandé poner en capilla á cerca de trescientos que tenía en Medellín, dando orden al Capellán (que lo era un religioso apellidado Sotomayor), para que los auxiliase. Pero en la noche, no pudiendo tomar el sueño en toda ella, me ocupé en reflexionar que las represalias que iba yo á ejecutar, disminuirían mucho el crédito de la causa que defendía, y que observando una conducta contraria á la del Virrey, podría yo conseguir mejores resultados, cosa que me halagaría más que mi primera resolución; pero se me presentaba para llevarla á efecto, la dificultad de no poder cubrir mi responsabilidad de la orden que había recibido, en cuyo asunto me ocupé toda la noche, hasta las 4 de la mañana, que me resolví á perdonarlos, de una manera que se hiciera pública y surtiera todos los efectos en favor de la causa de la Independencia; con este fin me reservé esta disposición hasta las ocho de la mañana, que mandé formar la tropa con todo el aparato que se requiera en estos casos para una ejecución; salieron los presos, que hice colocar en el centro, en donde les manifesté que el Virrey Venegas los había expuesto á perder la vida aquel mismo día, por no haber admitido la propuesta que se le hizo en favor de todos por la existencia de mi padre, á quien había mandado dar garrote en la capital; que yo, no queriendo corresponder á semejante conducta, había dispuesto, no sólo perdonarles la vida en aquel momento, sino darles una entera libertad, para que marchasen á donde les



El Gral. Nicolás Bravo, perdona la vida á 300 prisioneros españoles.

“conviniere; á esto respondieron llenos de gozo, que nadie se quería ir, que todos quedaban al servicio de mi división. lo que verificaron todos, á excepción de cinco comerciantes de Veracruz, que por las atenciones de sus intereses, se les extendieron pasaportes para aquella ciudad; entre éstos se hallaba un señor Madariaga, que después, en unión de sus compañeros, me manifestó su reconocimiento con la remesa de paños suficientes par el vestuario de un batallón.”

III.

En la historia de nuestra guerra de Independencia, no se registra un solo hecho que se asemeje al que acabamos de narrar, ni un solo caudillo que haya igualado á Bravo en generosidad de acciones.

El hombre que teniendo en su mano la ejecución de una venganza ruidosa contra los mismos que acababan de sacrificar la vida de su padre, no la lleva á cabo porque su conciencia rechaza toda acción que desvirtúe la causa á que se ha consagrado; el subalterno que arrostrando el enojo de su jefe perdona la vida á los que se le ordena ejecutar y pospone su noble patriotismo á todos los demás sentimientos, no es un hombre, no es un héroe, es la verdadera semejanza moral de quien lo creó, es el verdadero apóstol del que decía: “Amad á los que os aborrecen.”

Don Nicolás Bravo se levanta por cima de todos sus contemporáneos, resume su vida militar en este solo hecho, y proclama en voz muy elocuente á la faz del mundo entero, que la clemencia y el patriotismo son hermanos, que el valor y la generosidad son los únicos sentimientos dignos del hombre y del héroe.

La palabra expira en nuestros labios para encomiar dignamente al caudillo sin rival. La pluma se detiene, porque se define también el pensamiento ante tanta grandeza. ¿Qué podemos decir que no hayan dicho otros con una elocuencia digna del “Guzmán Mexicano?” Pero debemos con-

cluir, y vamos á hacerlo con las magníficas frases de uno de sus mejores biógrafos:

“Valiente en el campo de batalla, fué siempre generoso y noble con los vencidos; dispuesto á derramar su sangre en el combate y á sacrificar su vida por la causa que había abrazado, nunca vertió la sangre de los prisioneros. En medio de aquella prolongada y sangrienta lucha, no cometió un solo acto de crueldad y de injusticia, y al través de las vicisitudes de la guerra sin cuartel que se hacían los partidos contendientes, él logró sostener su reputación de valiente y generoso, alcanzando el respeto de sus contrarios y de sus amigos durante la revolución, y hecha la Independencia, las distinciones de sus compatriotas, el aprecio de los europeos, los elogios de la prensa de diversos países y un lugar en la historia que perpetúe su memoria en el mundo entero, presentándole como modelo de caballeros valientes, nobles y generosos.”

Hé aquí la figura más culminante de la epopeya que los mexicanos llamamos guerra de Independencia; por esto hoy, al consagrar un recuerdo á su memoria, exclamamos:

¡Honor al mérito!
¡Gloria al inmortal caudillo Nicolás Bravo!

ANTONIO DE P. MORENO.



¡FILICIDA!

El hecho á que se refiere este episodio tuvo lugar en el sitio de Apam, en Diciembre de 1815: lo refiere Don Lucas Alamán en su Historia, y lo confirma Zamacois en el tomo X, pág. 47 de la suya.

I.

En el horizonte lejano, más allá de la niebla formada por el humo de la pólvora, rasgada por los zigzags sanguinolentos que producían los disparos, se hundía el sol en un lecho de púrpura, sañudo y fiero, como si le disgustara la carnicería en que se empeñaban los hombres.

Era el séptimo día de una lucha tremenda sostenida entre sitiados y sitiadores: la victoria, indecisa, no parecía inclinarse ni por los soldados disciplinados que defendían la plaza en nombre de su Rey, ni por los reclutas que al mando de Osorno sacrificaban sus vidas en aras de la Independencia Nacional.

En la árida llanura, triste y sola, se estremecían los insectos con el fragor lejano del combate; la quietud que precede á la noche tenía algo de siniestro, y los magueyes, en apretadas filas, semejaban seres arrodillados que elevaran sus manos al cielo implorando piedad.

Las posiciones de los realistas, si bien defendidas por número relativamente escaso, eran formidables; en tanto que los insurgentes sostenían el sitio á cubierto de imperfectas obras de zapa y resguardándose con las ruinas de las chozas que habían sido derribadas por el cañón, en los primeros asaltos.

La lucha estaba en todo su vigor: los sitiadores reducían cada vez más el círculo de hierro, y los combatientes llegaron á estar á tan pequeña distancia, que se distinguían los rostros enfurecidos de los que peleaban por las distintas causas.

II.

De pronto un anciano realista, soldado de un pelotón que resistía el ataque rodilla en tierra, se irguió en toda la extensión de su aventajada estatura: sus ojos fulminaron un rayo de cólera suprema; sus manos convulsas sujetaron vigorosamente el fusil, que se tiró á la cara, y haciendo blanco en un punto cubierto por paredones ruinosos, disparó una vez, otra y otra más.

Su actitud apocalíptica, sus ademanes sombríos, la fiera de su expresión y el estupor que causó en uno y otro bando que un hombre despreciara la vida, exponiéndose á ser acibillado por las balas insurgentes, suspendieron el combate por breves instantes.

Y el anciano, avanzando resueltamente con el arma al brazo, como el cazador en acecho, se detuvo á diez pasos del paredón:

—¡Maldito seas, hijo de mis pecados!! —barbotaron sus labios, ennegrecidos por la pólvora.—¡¡Tú, que te rebelas á tu padre y á tu Rey, maldito seas!!!....

El hijo, un mancebo insurgente, mudo de espanto y de terror ante la tremenda visión del padre que le maldecía, recibió el proyectil en mitad del pecho, abrió los brazos, y cayó para siempre....

El sol se hundía en un lecho de púrpura; la noche comenzaba á extender su tachonada clámide por el azul sombrío del firmamento; los magueyes de la llanura, en apretadas filas, semejaban religiosas en oración, levantando al cielo sus piadosas manos, y cuando la esquila de un templo invisible y lejano tocaba el "Angelus," el alma del Anáhuac, conmovida, recibió en su seno al humilde patriota que había muerto á manos del mismo á quien debiera el sér.



ALEGRIA HEROICA.

(Sitio de Cuautla. 1812.)

"Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de sus desgracias ó de su rendición."

(Carta de Calleja al Virrey Venegas, 24 de Abril de 1812).

I.

En la mañana del 17 de Febrero de 1812. Morelós, de pie, rodeado de Leonardo Bravo, Galeana, Matamoros y unos cuantos costños de su escolta, hablaba así al anciano parafítico que le acababa de recibir en su huerta de Cuautla:

—Sí, mi señor Don Pablo, gracias: sus hijos Anselmo y Dionisio nos han sido muy útiles en Izúcar y en Chilapa; con hombres como ellos, haremos cumplir la voluntad de Dios, humillando á los orgullosos europeos en nuestra América independiente.

Súbito esplendor iluminó los grandes ojos del caudillo. Habíase quitado el sombrero de anchas alas, y su cabeza, envuelta en blanco pañuelo, bañada en un rayo de sol que se filtraba por entre las anchas hojas